III

36-COLORADO PAR Y PASA

LLEGARON a Haijarboli al anochecer. La aldea estaba ocupada por un destacamento de la vanguardia, cuyo jefe alojábase en casa del alcalde, que había huído. Los repórters fueron muy bien recibidos a causa de la carta del mayor-general, poniendo a disposición de ellos una habitación, dándoles, además, víveres, de los que tenían mucha necesidad. Así pues, Rouletabille, no se quejó del contratiempo. Los animales descansarían durante unas horas y La Candeur y Vladimir cesarían de gemir de hambre. El primero se encargó de aderezar una finísima sopa con los víveres del regimiento. Vladimir le ayudó en su tarea, mientras que Tondor se ocupaba de los caballos.

Mientras tanto, y siguiendo sus costumbres, Rouletabille estudiaba los lugares, pues esa misma noche debían abandonar las avanzadas búlgaras, sin avisar a nadie, y penetrar de nuevo en la zona turca.

A pesar de la doble documentación que llevaban, aquella operación no se realizaba nunca sin peligros y convenía adoptar precauciones...

Rouletabille salió, pues, de la habitación, que estaba situada en la planta baja y daba a un gran patio común, en donde la tropa acababa de cenar en torno a las hogueras. Dejó después aquel patio para ver a Tondor, el que, obedeciendo sus instrucciones, no había dejado los caballos en el patio, si no que los había atado a un árbol, detrás de la casa. Había allí campos desiertos y un profundo barranco, por el cual sería fácil deslizarse luego de realizar una rápida investigación sobre la disposición de los puestos avanzados.

Rouletabille se paseó durante una hora por aquellos lugares casi solitarios, regresando muy tranquilizado respecto a la realización de su proyecto de la noche. Al bordear los muros de la casa del alcalde, se halló frente a dos oficiales, que pronunciaron un nombre que le hizo estremecerse. Hablaban de Atanasio Khetew.

—¿Atanasio Khetew?—preguntó en francés—. ¿Hablaban ustedes de Atanasio Khetew?

—Sí, señor—contestó uno de los oficiales—, y hablábamos, precisamente, a causa de usted; que debe ser usted a quien él busca.

—¡Ciertamente, a mí es!—exclamó Rouletabille.

—Pues le satisfará encontrarle. Hace ya mucho tiempo que le busca... Sin embargo, no creíamos se tratara de usted, aunque nos haya hablado de repórters franceses, pues nos habían dicho que iba con usted una joven, la propia sobrina del general Vilitchkov, asesinado algunos días antes de la declaración de guerra.

—Efectivamente, se trata de nosotros—dijo Rouletabille—, y si esa joven no está aquí es porque nos ha dejado hace poco.

—Le han dicho a Atanasio Khetew que se batió en primera línea en Demir Kapou.

—Exacto—contestó el repórter.

—Y que después, persiguiendo al enemigo con la vanguardia del ejército, no había cesado de colocarse en las líneas avanzadas... Atanasio Khetew la busca constantemente en todo nuestro frente. En fin, usted podrá, de todas maneras, darle algunas noticias. Cuando regrese se alegrará mucho.

—¿Es que va a regresar aquí?

—Según creo, en las primeras horas de la madrugada... Pues se ha separado de nosotros para ir a Baba-Eski y regresar en seguida.

—Y están ustedes seguros de que va a regresar?

—Segurísimos, caballero, nos ha dejado su prisionero...

—¿Cómo?—dijo Rouletabille disimulando como pudo la súbita emoción que le había invadido—. ¿Qué prisionero?

—¡Oh! Un prisionero por el que parece tener un gran interés y por el cual tiene los mayores cuidados y del que no se separan ni una pulgada sus dos ordenanzas... Pero si desea usted verle, nada más fácil...

Y diciendo esto, el oficial condujo a Rouletabille, siempre por la parte trasera de la casa, ante un ventanillo guarnecido de dos barras de hierro, colocadas en forma de cruz.

—Mire usted—le dijo.

Rouletabille se puso de puntillas y miró.

¡Era verdad! Rouletabille se mordió los puños para no gritar de alegría.

En un rincón, y atado de pies y manos, reconoció al pachá negro Gaulow, al que vigilaban dos centinelas.

Aquella habitación en que se hallaba Gaulow y los dos centinelas, era un especie de reducto que daba directamente al patio por una puerta entreabierta, en el umbral de la cual, se hallaban en

cuclillas media docena de soldados jugando a las tabas, juego que hace furor en los Balkanes.

Rouletabille dejó su observatorio diciendo:

—¡Le conozco, es el famoso Gaulow, el antiguo dueño de la Karakoule! ¡Me explico el interés de Atanasio Khetew por él!

—Nos ha dicho que era la primera vez que le abandonaba; pero una orden del general Savof, comandante de la primera brigada de Caballería, le ordenaba presentarse inmediatamente en Baba-Eski.

—Caballeros, muchas gracias por todos esos informes—dijo Roul tabille saludando—, les pido permiso para retirarme, pues voy a cenar.

—Buen provecho, caballero.

Penetró en el patio y pudo, con gran satisfacción, constatar que la habitación en cuyo umbral jugaban a las tabas los soldados, y que correspondía a la ocupada por el prisionero, estaba adyacente a la que ellos ocupaban.

En el momento en que iba a empujar la puerta de ésta, oyó claramente estas palabras, pronunciadas por la melálica voz de Vladimir: «36, colorado, par y pasa.»

—¡Caramba!—exclamó—. Creeríase uno en Montecarlo, palabra de honor.

Y penetró en la habitación.

Allí encontró, esperándole, la mesa lista, una gran escudilla de humeante sopa, cuyo aroma acariciaba agradablemente las aletas de la nariz, y dos pasos más allá, cerca de la mesa, a La Candeur y Vladimir, que se habían levantado bruscamente al verle.

—¡Bueno, qué! ¿Cenamos?—les preguntó Rouletabille—. También yo empiezo a tener hambre. ¿Pero qué es lo que estáis haciendo?

La Candeur acababa de dar vuelta con rapidez

a un gran mapa, mientras que Vladimir miraba la hora en su reloj.

—¡Otra vez esa broma! (1)—Dijo riendo Rouletabille que, decidamente, parecía aquella noche de excelente humor—. ¡Otra vez ese mapa, otra vez ese reloj!... ¡Pero si es el eterno mapa de Istrandja-Dagh! ¡Sin embargo, no pretenderéis que estáis estudiando el plan de operaciones en un mapa de Istrandja-Dagh, cuando nos hallamos a pocos kilómetros de Tchorlou!...

—Rouletabille—dijo La Candeur, que parecía el más embarazado—, estábamos viendo el camino que llevamos recorrido...

—¡Vaya, hombre, vaya!...

Y Rouletabille, de un revés levantó el mapa... descubriendo sobre la mesa un montón de monedas de oro y plata. Se quedó deslumbrado, mientras que los dos compadres, consternados, no sabían qué continente adoptar.

—¡Caray, vaya unos pobrecitos!...—dijo Rouletabille.

Examinó el dorso del mapa en el que estaban trazados una cantidad de cuadritos, llevando cada uno un número, desde el 0 hasta el 36.

—¿Así, pues, jugáis a la ruleta?

—No nos queda otro recurso, ya que nos decomisas las barajas—suspiró La Candeur.

—¡Vladimir, dame el reloj!

Vladimir, que con tanta precipitación se había metido en el bolsillo el reloj, tuvo que sacarle... y Rouletabille observó que aquel reloj, en lugar de marcar la hora, tenía una aguja que daba vueltas alrededor de un cuadrante marcado con 36 números, deteniéndose en uno de ellos, según la

(1) Véanse los incidentes de «El Castillo Negro», publicado por esta Casa Editorial.

presión que se ejercía sobre el resorte que ponía en marcha la aguja.

Aquella aguja se movía tan vertiginosamente, que era imposible saber con anticipación sobre qué número iba a detenerse.

—Ahora comprendo vuestra desmedida afición a la geografía—dijo Rouletabille—, afición que tanto me intrigaba en la Karakoule, como también la enfermiza necesidad de saber incesantemente la hora... ¿Hace mucho tiempo que tenéis este reloj?—preguntó metiéndoselo en el bolsillo.

—Caballero, es ese un reloj—repuso Vladimir—por el que siento un especial apego; pues me fué regalado, hace algunos años, por una persona que me es muy cara.

—¿Por la princesa?

—Precisamente, por la princesa... Fué éste su primer regalo... Me marchaba yo a Tomsk, a donde me dirigía con algunos colegas de la prensa moscovita, con el fin de esperar a los automóviles que habían emprendido el viaje de Pekín a París; esa excelente princesa temió que me aburriera durante el viaje y me regaló ese reloj-ruleta para que me divirtiera en el camino. Debe usted saber que ese reloj me ha traído siempre la buena suerte, y precisamente, cuando tenía necesidad de dinero. Así, en ocasión de ese viaje, cuando regresaba de Tomsk a Paris, ese reloj me proporcionó una de las primeras y mayores alegrías de mi vida. Cada vez que se pinchaba un neumático, invitaba a mis compañeros a seguirme a la cuneta de la carretera mientras reparaba el chauffeur la avería, y allí, en el respaldo de un mapa dividido con lápiz en pequeños cuadros, exactamente como hemos hecho con éste, y mi reloj-ruleta en la mano, organizábamos una partidita. Había neumáticos que me producían 100 francos, otros 200 y otros

que me dejaban casi limpio; pues había que perder alguna vez. Pero finalmente, al llegar a París, de neumático en neumático había logrado ganar lo bastante para comprarme un automóvil.

—Mis felicitaciones.

—Comprenderá usted, caballero, que ese reloj, al cual van vinculados tan caros recuerdos...

—Sí, sí; tiene para usted un gran valor... ¿Y ese dinero? ¿Todo ese dinero? Hay, por lo menos, mil francos—dijo Rouletabille, embolsándose todas las monedas—. ¿De dónde viene?... Yo creía que ya no tenían ustedes ni cinco céntimos.

—Caballero—dijo Vladimir palideciendo ante el gesto saqueador de Rouletabille—, son los mil francos del señor Priski.

—¡Pero usted me ha dicho que los había rechazado!

—¡Perdón!—interrumpió La Candeur—. Quien ha dicho eso he sido yo... Pero Vladimir los ha aceptado.

—En efecto; yo los he aceptado—corrigió Vladimir—; pero a continuación me negué a prestar el servicio que pedía.

—Sí, sí. Usted es un muchacho muy honrado. Ya me he dado cuenta en muchas ocasiones—replicó Rouletabille—. ¡Bueno, muchachos, ahora a cenar!

—Caballero—dijo Vladimir que había caído de pronto en la más profunda de las tristezas—, si tengo un gran apego a mi reloj, también lo tengo por ese dinero que aun no había perdido.

—Antes de perderlo—dijo Rouletabille sirviéndose la sopa—, será necesario ganarlo. Ese dinero es tan suyo como mío, pertenece al señor Priski, ya que se ha negado usted a servirle.

—Lo que honra a Vladimir—opinó La Can-

deur—. ¿Supongo que no devolverás ese dinero al señor Priski?

—No, no; tranquilízate... Ya tengo en qué emplearlo.

—¿Qué vas ha hacer con él?

—Ya os lo diré cuando lleguemos a los postres.

La cena fué triste, aunque Rouletabille mostrábase de mejor humor; pero no llegaba a desarrugar a los dos comensales.

—¡Oíd!—dijo de pronto Rouletabille—. ¡Os voy a devolver el dinero!...

—¡Ah! ¡Ah!—exclamaron los dos.

—Con la condición de que haréis lo que yo os diga...

—Cuenta con nosotros...

—Os váis a jugar ese dinero...

—¡Viva Rouletabille!...

—Y lo váis a perder...

—¡Oh! ¡Oh!... ¿Es absolutamente necesario perderlo?—preguntaron ambos con mal gesto.

—Indispensable...

—¿Y contra quién vamos a perderlo?

—Váis a dejar libre la mesa inmediatamente y la colocaréis en el umbral de la puerta—explicó Rouletabille—. Sobre la mesa instalaréis vuestra ruleta, diciendo en alta voz que os ahogáis en esta habitación y que sentís la necesidad de respirar aire puro, dicho lo cual os pondréis a jugar solos. Tiraréis todo vuestro oro, toda vuestra plata sobre la mesa... Ahí cerca hay soldados jugando a las tabas, los que vendrán a veros jugar a la ruleta, en seguida se mezclarán al juego y... os dejaréis ganar.

—¿Todo nuestro dinero?

—¡Todo vuestro dinero! Si les ganáis el suyo, no os dejarán marchar; mientras que si os desbancan ya no se ocuparán de vosotros, pues se disputarán entre ellos vuestra puesta, y, aprovechando esto, nosotros tomaremos las de «Villadiego».

—¡Comprendido!—dijo La Candeur, que no sentía gran apego por aquel dinero que aun no había ganado a Vladimir.

—Sí, comprendido... ¡Pero cuesta caro!—observó melancólicamente Vladimir.

—No es muy caro, si consideramos lo que vamos a hacer mientras que ellos juegan; pues no se trata tan sólo de que escapemos nosotros, sino que vamos a libertar a un pobre prisionero que está en la habitación de al lado.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó La Candeur.

—¡Oh! Entonces es una cuestión humanitaria—expresó filosóficamente Vladimir.

—¿Y quién es ese prisionero?—preguntó La Candeur.

—¡Ese prisionero, señores, es, sencillamente, Gaulow.

—¡Gaulow!—exclamaron—¡El abominable Gaulow!...

—¡El mismo!...

—¡El prisionero de Atanasio!—exclamó Vladimir.

—¡El marido de Ivana!—gruñó La Candeur.

—¡El verdugo del general Vilitchkov!—añadió Vladimir.

—¡Y es a ese miserable—continuó La Candeur—, a ese bandido que ha estado a punto de arrebatarte a la mujer que tú amas, después de haber asesinado al padre y a la madre y vender a su hermanita a quien tú quieres salvar!...

—¡Sacrificando mis mil francos!—gimió Vladimir.

—¡Menudo pillastre está tu «pobre prisionero»—concluyó La Candeur.

Siguió un silencio que interrumpió Rouletabille mientras se ponía de pie:

—Está bien; le libertaré yo solo.

Y recogiendo un cuchillo de la mesa, hizo ademán de marcharse.

—¡Vamos, vamos!—exclamó La Candeur interceptando la salida—. No pongas esa cara... ¡Ya sabes que haremos lo que tú quieras!

—¡Qué generoso es La Candeur!... ¡Bien se vé que el dinero no es suyo!—masculló Vladimir.

—¿Qué dices, Vladimir?

—Digo, Rouletabille, que es muy duro abandonar mil levas a una gentuza que no sabrá gozar de ellas; pero que no se debe vacilar en hacerlo desde el momento que usted lo pide, ya que debe tener sus razones para ello...

—¡Cierto!—confirmó el reporter—. Se trata nada menos que de la felicidad de mi vida.

—Ya que es necesario libertar al marido para que seas feliz en tu matrimonio, libertémosle; ¡pero al diablo, si comprendo ni pizca!—dijo La Candeur.

—Ya comprenderás más tarde, La Candeur; coge ese cuchillo y sígueme.

Salieron y fueron a la parte posterior de la casa. Allí, Rouletabille, mostró a La Candeur el ventanillo y le dijo a su vez:

—¡Mira!

Cuando La Candeur hubo terminado de mirar, le preguntó:

—¿Qué has visto?

—Aunque no hay mucha claridad en ese tabuco, he visto, al resplandor de las hogueras del patio, sin posibilidad de error, a Gaulow.

—¿Sigue adosado a la muralla?

—Sí, muy cerca de la ventana; alargando el brazo por entre los barrotes podría clavarle con

facilidad este cuchillo en pleno corazon y se terminaba de una vez con él.

—¡Guárdate de ello, desgraciado!—dijo Rouletabille conmovido—. ¡Júrame que no tocarás ni un pelo de su cabeza!

—¿Es que ese bandido es ahora tu amigo?

—¡Júrame lo que te pido!

—¡Lo juro! ¿Qué debo hacer?

—¡Vas a ver qué sencillo es! Empiezas a jugar con Vladimir, los otros vienen e intervienen en el juego... También juego yo. Entonces, abandonas tú el juego y te vienes aquí, y mientras nosotros hacemos la comedia en el otro lado, aprovechas el descuido de los centinelas y atraes las miradas del prisionero; le enseñas el cuchillo y le dirás, o harás comprender, que deseas cortar sus ligaduras. Al principio se sorprenderá; pero acabará por prestarse a la operación levantando los brazos, una vez éstos libres, él mismo cortará las cuerdas de las piernas y escapará por la ventanita.

—¿Pero, y los barrotes?—preguntó La Candeur.

—Si no hubiera barrotes para nada te necesitaba... Tú eres hombre capaz de arrancarlos de un tirón...

La Candeur aprisionó un barrote con su enorme puño, y tirando hacia sí comenzó a torcerlo.

—Siento que va cediendo—dijo.

—¡Pues bien, te dejo!...Es necesario que todo esté listo dentro de un cuarto de hora. Pasado éste, gritaré con todas mis fuerzas, de manera que me oigas desde aquí.*Treinta y seis, colorado, par y pasa.* Esto querrá decir que los guardianes están muy ocupados jugando o mirando jugar, y que, por lo tanto, puedes operar con entera confianza. Terminarás de arrancar el barrote, ayudas al prisionero a salir de ahí y le conduces bajo el árbol,

en donde le esperará un caballo, que voy a hacer ensillar inmediatamente por Tondor. Tenemos uno de más, ya ves qué a propósito viene...

—¿Y después?...

—Pues bien, cuando nuestro hombre haya escapado a galope, vendrás a reunirte tranquilamente con nosotros en el patio, te pondrás a jugar, y lo demás déjalo de mi cuenta... ¿Comprendido?...

—¡Comprendido!... ¿Pero qué diablo...?

—*¡Treinta y seis, colorado, par y pasa!* No lo olvides.

—¡No! ¡No!...

Rouletabille, luego de haber dado estas instrucciones, se fué a hablar con Tondor, quien se puso en seguida, no solamente a ensillar el caballo del señor Priski, sino que también los otros. Después, Rouletabille, regresó al lado de La Candeur, el que, silenciosamente y con un sostenido esfuerzo, había casi conseguido arrancar los barrotes, sin que nadie, ni aun el mismo prisionero, se diera cuenta en el interior del tabuco.

Luego de felicitar a La Candeur, Rouletabille penetró con éste en el patio.

Vladimir había ya sacado la mesa, extendido el mapa y cogido su reloj-ruleta, cuando ambos aparecieron.

Al divisarles les propuso una partida. Rouletaville aceptó alegremente, tirando sobre la mesa todo el dinero y manifestando que iba a tener la banca.

Los soldados acudieron en seguida, y los dos guardianes que estaban en el interior del tabuco, salieron al umbral. El juego empezó. Transcurridos cinco minutos, al ver los suboficiales que la banca seguía perdiendo y que bastaba a Vladimir poner una moneda en un número, para ser cubierta de oro por Rouletabille, que anunciaba los números que quería, arriesgaron algunas levas y ganaron. Entonces, y de acuerdo con lo convenido, La Candeur desapareció. El oficial entró en el juego también, siendo, a su vez, afortunado. Empujábanse alrededor de la mesa; los dos guardianes habían salido por completo del tabuco. Habíanse subido a una gran piedra y no prestaban atención más que al juego.

Un cuarto de hora transcurrió así, pasado el cual, Rouletabille gritó de pronto:

—*¡Treinta y seis, colorado, par y pasa!...*

Estallaron gritos, exclamaciones, todo un tumulto, pues Vladimir, obedeciendo a un guiño de Rouletabille, había cargado el treinta y seis. ¡La banca había saltado! El oficial y los suboficiales aplaudían, segundándolos Vladimir y los soldados.

Rouletabille ordenó entonces a Vladimir que tomara a su vez la banca, lo que hizo sin disimular su poco entusiasmo. Rouletabille conservaba en su mano la ruleta y anunciaba los números, de tal manera, que el oro de Vladimir iba a parar a los bolsillos del oficial y de los suboficiales, con reiterado aplauso de los soldados, a quienes el anuncio de cada número, repetido en búlgaro por el oficial, colmaba de alegría.

Mientras tanto apareció La Candeur. Hizo un signo y Rouletabille comprendió que todo había terminado. El reporter lanzó un suspiro y tembló de alegría. Con una última jugada hizo perder todo a Vladimir, quien pagó las apuestas de malísima gana.

—¡Decididamente, no es un buen negocio la banca!—opinó alegremente el oficial.

—¡Bah! Eso depende—dijo La Candeur levantando la cabeza—. A veces basta un buen golpe para que la banca arramble con todo lo que haya en la mesa.

—¡Pues bien, coja usted la banca ahora!

Pero en aquel momento apareció Tondor, gritando furiosamente:

—¡Señor, señor, nos han robado un caballo!

—¿Que nos han robado un caballo?—preguntó Rouletabille dando muestras del peor humor—. ¡No basta, que nos ganen todo nuestro dinero, si no que también nos han de robar un caballo!

—Hay que ver eso—dijo el oficial.

—¿Cómo que hay que ver eso? ¡Naturalmente que habrá que verlo!—gritó Vladimir—. ¡Unos caballos que nos han costado un dineral!

Todos corrieron detrás de Tondor, que salía del patio, dando explicaciones. Llegó así hasta el árbol y contó, con gestos destinados a traducir su indignación, que habían abusado de su sueño para robar uno de los cinco caballos que habían confiado a su vigilancia.

—En fin, señores, ese muchacho tiene razón—dijo Rouletabille—, ustedes nos han visto llegar con cinco caballos, y ya no hay más que cuatro. Me quejaré al mayor-general...

—Caballero—contestó el oficial—, cálmese usted. Voy a proceder a una investigación y le prometo que su caballo será hallado.

En aquel momento oyéronse los gritos de los guardianes por el ventanillo:

—¡El prisionero! ¡El prisionero!—gritaban.

El oficial se precipitó:

—¡Cómo! ¡El prisionero!...

Los soldados le enseñaron los barrotes arrancados y le explicaron como pudieron que, aprovechando que estaban de espaldas, el prisionero se había escapado... El oficial se reunió con Rouletabille.

—Caballero, ¿sabe usted quién ha cogido su caballo? Pues el prisionero de Atanasio Khetew, que

acaba de escaparse, saltando sobre el primer caballo que ha hallado a su paso...

—¡El miserable!—gritó Rouletabille—. ¿Y qué dirección habrá tomado?

—¡Oh! Sin duda alguna, la de Constantinopla. ¡Como usted comprenderá debe estar harto de los búlgaros! ¿Pero qué voy a decir a Atanasio Khetew cuando regrese dentro de poco?... ¡Y para colmo de desdichas, la consigna me impide moverme de aquí... El prisionero puede irse tranquilo!

—Caballero, no se inquiete usted—gritó Rouletaville—. Recobraremos nuestro caballo y le traeremos aquí al prisionero. ¡A caballo, señores, a caballo!...